DE UNAMUNO A MACHADO



ANTONIO MACHADO Y RUIZ

POR FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

En 1680 murió el último español creyente a pie juntillas en todos los valores espirituales y morales de España: don Pedro Calderón de la Barca. Entre 1680 y 1715, los españoles perdieron la fe en todo. En su Monarquía, en su política, en sus instituciones, en su ciencia, en su literatura... Desangrada, arruinada, cansada, España, luego de dos siglos de empresas fabulosas, y como jamás se han protagonizado otras los españoles se quedaron sin saber qué pensar, ni qué hacer, ni en qué enraizar nuevos afanes. Y como de algo no material hay que vivir, y lo que más engorda es la fe, los españoles empezaron a vivir de una "fe prestada": la imitación. La imitación de cuanto tenían más al alcance de sus entendederas: lo francés. Monarquía, política, instituciones, ciencia, literatura de Francia fueron aliguís codiciados por los españoles. Y ahora una pregunta comprometida y trascendental: ¿han recobrado los españoles la fe perdida en algo propio? Quienes puedan, y quieran contestar al "por mayor", que lo hagan. Yo sólo quiero en esta crónica referirme a nuestra literatura. Y, categórico, afirmo que sigue siendo una literatura sin fe en sí misma y, por ella, viviendo de una fe prestada: la imitación.

En 1680, cuando entraban a saco en nuestra literatura Francia, Italia y algún otro país, los escritores españoles, perdida la fe en su tradición literaria -de la que apenas palpitan rescoldos-, ya no sabían ni cómo escribir. Y creyeron salvarse agarrándose a la tabla del neoclasicismo galo. Academias y Estudios Reales afrancesados. Periódicos y tertulias, calcados de los franceses. Casi obsesivas traducciones de escritores de Francia, grandes y medianos. Y franceses -con "gotas" italianas e inglesas- fueron nuestro teatro, nuestra filosofía, nuestra erudición, nuestra novela, nuestra retórica, nuestro periodismo. El neoclasicismo español galleó con el más servil de los cacareos. Cuando nos llegó la hora del romanticismo, insensatamente desdeñamos el nuestro -el primero de todos, entronizado, en el siglo XVII- para mirarnos en el anglogermano y en el francés que, paradójicamente, se nutrían de las esencias de nuestros popularismo y barroco, apenas disimulándolas con las novedades formales. Y los románticos españoles adoraron e imitaron a Schiller, a Walter Scott, a Hugo.

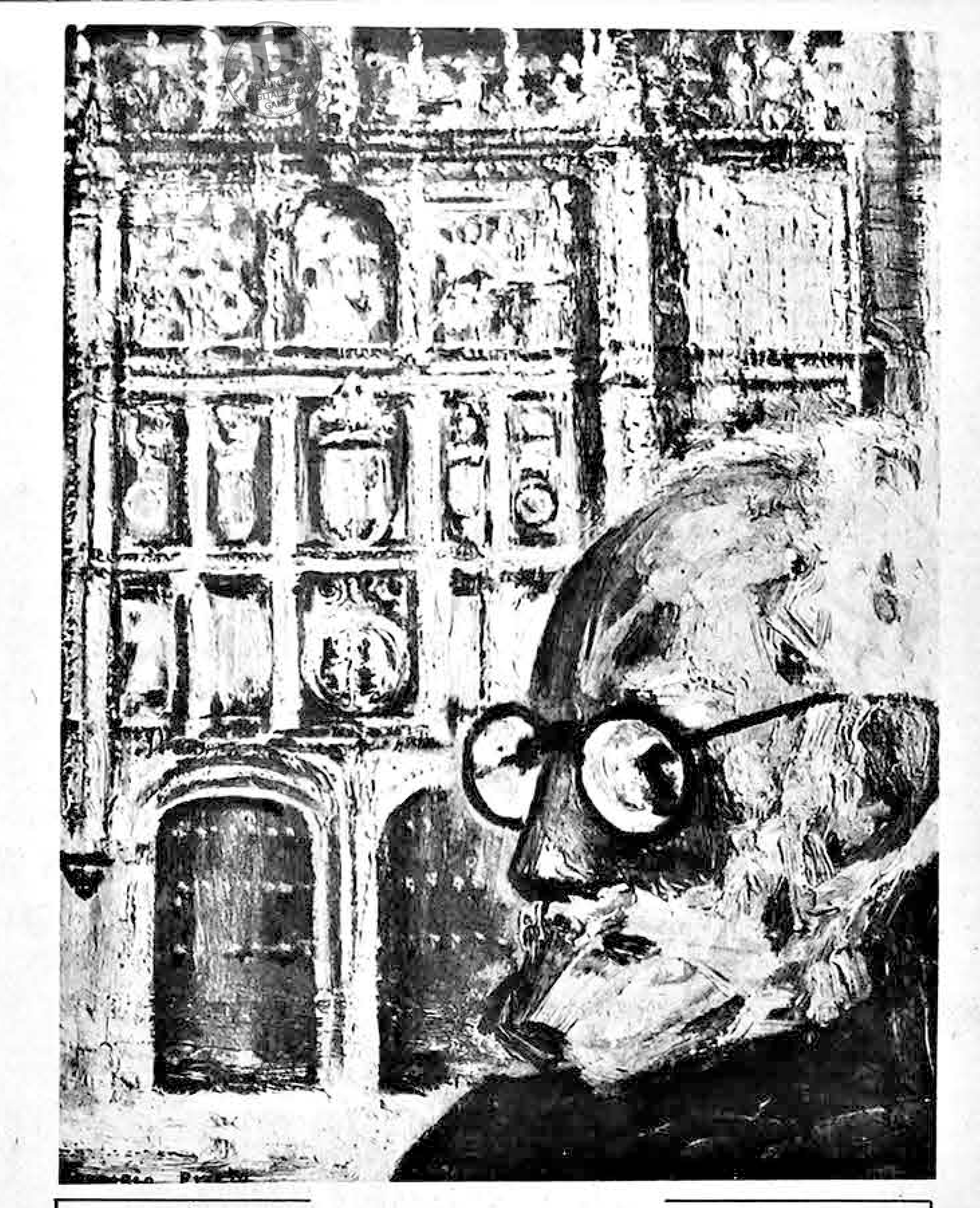
Cuando nos llegó la hora del realismo, desdeñamos "La Celestina", el "Lazarillo", el "Buscón", las novelas ejemplares de Cervantes y doña María de Zayas, para adorar e imitar a Balzac y a Dickens. Y luego fuimos melodramáticos con Scribe, Dumas, hijo, Sardou e Ibsen. Y modernistas con Mallarmé, Gautier, Baudelaire y Verlaine, bien traducidos a lo hispánico por Rubén Darío. Y apenas ayer nos deslumbraron las subversiones de Matros engendros imitativos cuando los modelos ya habían sido arrumbados en sus países de origen.

¿Y ahora, en 1940, en 1950, en 1960; 1964? ¿Hemos recobrado la fe en nuestros valores literarios genuinos? No; no la hemos recobrado. Seguimos viviendo de la fe prestada: la imitación... con la "espoleta retardada". Leed, leed a nuestros más prometedores novelistas; en ellos encontraréis a Kafka, a Faulkner, a Saroyan, a Proust, a Virginia Woolf, a Graham - Green. Acudid, acudid a nuestros teatros para presenciar las representaciones de obras de nuestros más prometedores dramaturgos, y ellas os recordarán a O'Neill, a Williams Tennessee, a Miller, a ,Anouilh,, a Ugo Betti, a Priestley. Leed, leed, a nuestros más prometedores poetas y sus poemas os traerán la presencia de Walt Whitman, de Eliot, de Rilke, de César Vallejo, de Neruda, de Huidobro.

Aún más: examinad con atención los escaparates de nuestras librerías. En ellos por cada libro español, encontraréis tres libros extranjeros. Lo que quiere decir que nuestros editores confían más para su negocio en obras traducidas, aun mediocres, que en obras de poetas, novelistas, ensayistas, españoles de categoría excelente. Y confían más, porque el interés de los más entre los lectores se inclina decidido por cuanto se le ofrece como realismos, fantasías y lucubraciones bien ajenas a lo español. Estos mismos editores -los más si no todos- siguen viviendo de una fe prestada cuando para crear sus colecciones atractivas "a los ojos", no hacen sino buscar los modelos allende nuestras fronteras. Más todavía: observad con atención los quioscos callejeros de revistas

(Pasa a la Pág. 3)





RETRATO DE D. MIGUEL DE UNAMUNO, POR GREGORIO PRIETO.

AMERICA HISPANA

Por MIGUEL DE LA PINTA LLORENTE

Pese a los grandes corruptores y a los ergotistas europeizantes consagrados en sus silogismos a destilar maledicencias y detracciones contra la inmarcesible y fabulosa historia de la impositiva y dogmática España en América, los criterios del previo examen confirman y consagran, en medio de apasionantes radicalismos y controversias, una caracterización que constituye el fondo de la realidad americana con la concurrencia de un tipo humano, cimiento basáltico de su problemática histórica y fruto de la nación alumbradora y nutricía. No incidimos en valoraciones ochocentistas, ni se trata de exageraciones intelectualistas o de apasionamientos místicos para reconocer la estabilidad de los valores hispánicos en una vigencia generalizada, sino que se responde a problemas esenciales y a realidades primarias, arranque de toda reflexión ontológica que haga referencia a la vivencia del hombre americano. Se trata de un proceso de alquimia, mezcolanza de razas, un mestizaje determinado por orígenes disímiles, pero componedores de una unidad étnica: levaduras indígenas enriquecidas por el oleaje y el cruzamiento de sangre hispánica, una cohesión sanguínea con rango de prerrogativas, como fruto de un proceso racial y social que en su expansión alumbra la realidad viviente del mestizaje, síntesis de la sociedad americana, testimonio perenne de la vigencia de los núcleos biológicos de la raza castiza indígena, nutrida por los jugos ibéricos en las venas, en las creencias y en la cultura.

Es español el aporte al núcleo racial, y es español el aporte a la constitución política del país. Es así la empresa netamente española en los elementos constitutivos, no obstante amalgamas y cruzamientos de tipo inferior que representarían los clásicos aportes étnicos, motivados por la total fusión de sangres, creadores de unos mestizajes de positiva influencia en la integración de las comunidades americanas y que vertebrarían su desarrollo y progreso a través de las luengas etapas históricas. Se inicia una tradición viviente, linajes y descendencias trenzados por hombres rudos, de apellidos cortantes, con mordiente, cimiento de las nuevas poblaciones con fuerza tal de arraigo que los mismos disidentes y disconformes con la conciencia y la mentalidad hispánica denuncian la estirpe originaria, la vertiente peninsular, preponderando como fuerza asimiladora en la composición étnica, y con preciosa virtualidad como integradora de la fisonomía nacional americana, pese a las tesis indigenistas del boliviano Franz Tamayo en sus interpretaciones y exégesis sobre el espécimen humano de Hispanoamérica.

¿Qué podrían significar ante tamañas realidades ya las afirmaciones de Las Casas, ya las valoraciones tendenciosas de Raynal o las fantasías perturbadoras y delirantes de John Collier, exaltador de las crueldades hispánicas, con la caza del hombre, el exterminio de los núcleos biológicos de la raza indígena, la aniquilación de las sociedades americanas? Pero no es menester la insistencia sobre una empresa sin paralelo en los anales de la historia, fruto del movimiento expansionista español, creador de una auténtica superrevolucion racial y social. Ya William Robertson rechazaba a Las Casas como fuente histórica, reputándose la obra hispánica como portentosa, mientras se destacaba la tutela étnica peninsular en América con referencia permanente a las oleadas y cruzamientos de sangre española que perfilarían con caracteres indestructibles la fisonomía americana con la interferencia y neutralización de todo elemento adventicio y foráneo.

Un prócer argentino contemporáneo un gran español de América, Miguel Angel Cárcano, confirma en su obra "Travesía española" todas estas realidades al puntualizar cómo la inmigración, importando rasgos y características extraños, opera sobre los sedimentos esenciales, sin mengua del fondo hispánico, sin quiebra de las características propias que acusan el entronque español con su individualismo y pergenio. Cárcano insiste sobre la permanenia de los caracteres diferenciales, y escribe: "Pese a injertos extraños y a hábitos de otras estirpes, el vigor del elemento criollo desborda influencias alienígenas y forasteras, y al final decanta lo español americano". Para Cárcano las incorporaciones extrañas provocan el desorden ante el elemento humano moldeado por España: "Cuantos más elementos extranjeros- añade el egregio argentino- incorporamos al país y más imitemos a los anglosajones, percibo con mayor vigor la oposición de estos nuevos factores con el fondo español de nuestro pueblo... Aún más que los romanos en Francia, España ha dejado una marca indeleble en la Argentina que aparece constantemente en nuestra vida política y social, en la conducta de los hombres". "Travesía española" constituye con su exégesis y cultura una personal contribución interesante y sólida a la común empresa española, además de resumir un conjunto de valores preciosos de la más alta calidad, simplificados y depurados por las excelencias de la cultura y del telento del autor; un alegato de la ética y de la fuerza peninsulares, de la tremenda y descomunal fuerza biológica y de la clara personalidad de España que le fuerzan a escribir: "España, con su fuerte personalidad individual y colectiva, es un motivo de constante controversia y un factor formidable de progreso. La colonización americana, y luego la independencia de veinte países, la resistencia a Napoleón, y ayer la guerra civil, son hechos sustanciales que han gravitado fundamentalmente en la marcha de las ideas europeas. Antes de la guerra civil observábase en España un resurgimiento de sus fuerzas espirituales, que hace crisis con ella para renacer con mayor vigor. Su influencia en el continente se opera por el simple hecho de presencia. Es una posición insular, más insular aún que Gran Bretaña, pero que constantemente gravita en Europa, a pesar de su aislamiento y recogimiento sobre sí misma".

Hombre de tales perfiles y escritor tan eminente bien merece de España, cuya sangre circula por las venas de Cárcano, por parte de su madre, doña Ana Sáenz de Zamarán, nacida en el Consulado de España en Montevideo, desempeñado a la sazón por su abuelo don Pedro Sáenz de Zamarán, primer cónsul español después que se reanudaron las relaciones diplomáticas con el Río de la Plata. Figura así el doctor Miguel Angel Cárcano entre las vanguardias intelectuales del americanismo hispanizante y coherente, denodado adalid de la tradición racial en medio de las corrientes inmigratorias y de los ambientes internacionales y desarraigados. No obstante -escribe- las corrientes extrañas y las influencias italianas, vascas y francesas, "la raíz argentina sigue siendo española". Todo esto ciertamente importa en la tarea de sutilizar sobre la auténtica personalidad americana, estructurando su porvenir en consonancia con su "verdad" y sus ideales. El tipo ambivalente, la concurrencia de las razas fundidas armónicamente representa para América dentro de su proceso histórico la apertura hacia lo universal y condenan todas las demasías: las de René Moreno, o las tesis magistrales indigenistas para invocar las augustas palabras de Vasconcelos: "Por España y por el indio".

PRESENCIA LITERARIA
DIRECTOR: JUAN QUIROS
Casilla 1913
La Paz, Bolivia, Domingo 27 de Marzo de 1966

JAIME MENDOZA. RESUMEN BIOGRAFICO

Por

GUNNAR MENDOZA L.

Nació en Sucre (julio 25, 1874). Sus padres: José María Mendoza, abogado y terrateniente, de familia sucrense, y Gabina González de Mendoza, de una familia de terratenientes establecida en la región provincial de Poroma, departamento de Chuquisaca.

La primera infancia de Mendoza transcurre en gran parte en la hacienda familiar de Yanani, cerca a dicho pueblo. Esto influye decisivamente en la fijación de su temperamento: de allí arrancan su amor a la naturaleza, su sentido de lo telúrico, su comprensión de los seres humildes como el indio. En este período su instrucción es puramente familiar. En Yanani sus antecesores habían acumulado una apreciable biblioteca donde Mendoza, niño, encamina sus preferencias literarias: Espronceda, Zorrilla, Bécquer, Núñez de Arce; Wálter Scott, Byron; Lamartine, Víctor Hugo.

A los nueve años ingresa en el colegio de San Cristóbal (Sucre), donde lleva a cabo sus estudios secundarios. Allí funda un periódico manuscrito y empieza a escribir versos.

Constreñido, por la limitación de los estudios universitarios de entonces, a optar entre la abogacía, la medicina y el sacerdocio, ingresa en la Facultad de Medicina, Sucre. Su casa está quebrantada, afectiva y económicamente. Cuenta Mendoza: "Grandes infortunios habían caído sobre mi hogar. Mis padres se divorciaban. Mi numerosa familia pasaba rápidamente de la holgura a la pobreza. Yo necesitaba trabajar, pero no lo hacía: era vano, indisciplinado y perezoso, por temperamento y por educación".

Mientras estudia medicina no deja de cultivar asiduamente la poesía (de aquel tiempo es su poema laureado en 1927 "El cabo de la vela"), la prosa (escribe sus primeras novelas: "Una historia clínica", "El lago enigmático"), la composición musical (se conserva un álbum de canciones), el piano, el violín, la guitarra; se inicia, en fin, en el ensayo médico: "El cerebro" y "El factor moral en las enfermedades", inéditos.

En 1901 recibe su título de médico leyendo una tesis sobre "La tuberculosis en Sucre". "Mi hogar estaba en ruinas", prosigue, "y rudas obligaciones pesaban sobre él. Mi madre sola, a cargo de sus otros siete hijos. Yo tenía que trazarme, pues, nuevas normas, disciplinarme, trabajar".

Recién recibido de médico, sus servicios son contratados por una compañía minera en el gran emporio estañífero de Llallagua. Sigue escribiendo poesía y prosa. Son de entonces sus poemas "El chullpa", "Cantos montañeses", "Cantos de piedra", inéditos. "Todo esto permanecía ignorado", dice, "A mí me importaba pasar entre la gente como simple médico. También en Sucre me había cuidado de revelar mis veleidades poéticas. Apenas si tal cual amigo muy íntimo se percataba de mis flaquezas y hasta me daba alas". Por entonces bosqueja su novela "En las tierras del Potosí".

En 1902 su madre muere asesinada por los indios de Yanani. Mendoza, presa de tremenda crisis afectiva, se incorpora a un contingente militar con destino a la guerra con el Brasil (1903-1905). Allí en el Acre, oficia de médico de soldados y de siringueros (trabajadores de la goma). Como escritor, recoge el material para su novela "Páginas bárbaras", donde retrata el paisaje y la gente de aquellas regiones, así como para su poema "El toque de silencio", y envía a la prensa de La Paz correspondencias sobre temas médicos, como "Proyecto de organización de milicias coloniales en el Noroeste" y "la sanidad en el Territorio de Colonias". Escribe también sobre geografía regional, política internacional, costumbres, etc., páginas inéditas.

En 1905 retorna a Llallagua. "No había olvidado las tierras y gentes entre las cuales inicié mi carrera", cuenta, "Apenas libre después de la expedición al Acre y cuando bien pude escoger otras mejores situaciones que se me ofrecían, preferí regresar modestamente a Llallagua, a seguir trabajando entre seres anónimos y desheredados".

Con el predicamento que su condición de médico le da ante las autoridades industriales y políticas de aquellos minerales, inicia una esforzada labor de promoción social, que se prolonga por diez años, hasta su restitución a Sucre en 1915. En este lapso, interrumpido por tres viajes al extranjero hechos con fines de estudio (a Chile en 1907, y a Francia, Alemania e Inglaterra en 1911 y 1913), íntimamente compenetrado del drama espiritual y material del minero, da de sí cuanto puede para aliviarlo. "En Uncía y Llallagua", dice "fundé o suscité la fundación de los primeros hospitales y las primeras escuelas, las primeras sociedades mutuales de trabajadores, de beneficencia y de deporte, que, con sus sanos entrenamientos, arrebataban a los obreros a las garras del vicio. Y aun cuando no era conocido aún en el mundo de las letras, ya en 1906 comencé a escribir artículos periodísticos en defensa y previsión social. En Santiago de Chile hube de librar una verdadera batalla en el seno del Directorio de la Compañía Estañífera de Llallagua (1907) para la construcción del primer hospital que allí hubo. Con este motivo, el magnate Varela, movido por mis prédicas sobre la educación popular, ofreció de su peculio propio una asignación anual para escuelas, que, desgraciadamente la Junta Municipal de Uncía descuidó recoger. En La Salvadora, la rica mina de Simón I. Patiño, fuí el promotor del primer hospital que allí se erigió, y, en sus inicios, lo hice funcionar con limosnas. Propuse, asimismo, la creación de otro hospital en el pueblo de Uncía, el cual quedó en cimientos por falta de ayuda material. Fundé allí mismo la Sociedad de Socorros Mutuos Bolívar, y la de Tiro al Blanco; instituí la Olla del Pobre; inicié campañas contra el alcoholismo encabezando personalmente la persecución del contrabando; promoví el establecimiento de centros de protección para desvalidos, mujeres y niños; hice que se adoptaran disposiciones restrictivas del trabajo de menores; fundé brigadas de boy scouts".

Como escritor, en 1911 edifica de un solo golpe su prestigio literario con su novela EN LAS TIERRAS DEL POTOSI, publicada en 1911, intenso cuadro de la vida de los seres desheredados en las regiones mineras, que movió a Rubén Darío a llamar a Mendoza "el Gorki americano". Pero antes aún, 1907, en el periódico LA INDUSTRIA de Sucre, Mendoza había publicado ya, en forma de folletín, su novela breve "Los estudiantes", que pinta el ambiente universitario de la capital del Alto Perú, La Plata, hoy Sucre, en los últimos días de la colonia. A este período corresponden también cuadros de costumbres y cuentos de sentido realista que bajo el epígrafe general de "Bocetos provincianos" publica en diversos diarios de La Paz; uno de ellos es el cuento "La justicia", que reproduce el No. 24 de UNIVERSIDAD DE SAN FRANCISCO DE XAVIER, Sucre.

Restablecida su residencia en Sucre, Mendoza ingresa como profesor de la Facultad de Medicina en las cátedras de Patología interna y de Pediatría (1916-1920). Posteriormente pasa a las de Psiquiatría y Medicina legal (1924-1929). Fruto de esta labor son sus trabajos "Lecciones de patología general" (inédito), "Lecciones de Medicina legal" (publicado en ARCHIVOS BOLIVIANOS DE MEDICINA, Sucre, No. 2, 1946), y "Estudios Psiquiátricos" fragmentariamente publicado en la REVISTA DEL INSTITUTO MEDICO SUCRE: "La demencia precoz", junio 1924, No. 42; "Los manicomios en Bolivia", marzo 1925, No. 43; "La epilepsia. Conferencia de vulgarización científica", octubre 1926; "La heredosífilis en Bolivia", mayo-junio 1928, No. 50; "La sífilis y la locura", julio-diciembre 1929, No. 54; "La hipófisis", junio 1937, No. 64; "Temas de vulgarización psiquiátrica. (Sobre un caso de esquizofrenia)", diciembre 1937, No. 66; "La esquizofrenia", agosto 1938, No. 68. Su inclinación a estos estudios le había hecho ya publicar en 1908, en la misma revista (No. 20), un trabajo sobre "La degeneración". Sus trabajos psiquiátricos llevaronle necesariamente a los dominios de la psicología misma, tema sobre el cual publicó su ensayo "El trípode psíquico" (1930).

En este mismo período aborda otros aspectos de la ciencia médica, registrados también en la REVISTA DEL INSTITUTO MEDICO SUCRE: "La vacunación antivariolosa en Bolivia", "La tuberculosis en Bolivia", "Meteorología boliviana", "Nuestra luz", "Enfermedades en nuestro medio escolar", etc., etc.

Tampoco ceja en su obra de solidaridad social. "Invitado en 1916 a dar una conferencia en la Universidad Femenina", cuenta, "llevé allí el tema de los niños desvalidos. Pinté los lastimosos cuadros de infantes semidesnudos, hambrientos, que había visto en mis repetidas travesías por el territorio boliviano; planteé la tesis de que en muchos casos hay que defender a los niños contra sus propios padres en tales medios; hablé de la necesidad de que los legisladores dicten disposiciones protectoras para el niño antes aún que nazca; reclamé la intervención de la iniciativa particular para organizar ligas defensivas de la niñez en Sucre. Esta conferencia suscitó un entusiasmo pasajero, que se extinguió por falta de perseverancia y colaboración entre los elementos que más debían y podían hacer. Después, ya solo, busqué siquiera una manera parcial de favorecer a los niños del pueblo, y con mis propios recursos y los de un grupo de amigos, fundé en el hospital de Santa Bárbara, una sala de niños, la primera en su clase que allí se creaba". Esta conferencia está publicada en el diario LA MAÑANA de Sucre bajo el título "Por los niños". A poco, en la REVISTA DEL INSTITUTO MEDICO SUCRE, insiste con su trabajo "Una indicación en favor de los hijos de las clases obreras", en el que, luego de mostrar la lastimosa situación de los niños en las regiones mineras, recomienda el establecimiento de organizaciones similares a los kinder krippen alemanes. Pero Mendoza contempla el problema infantil no sólo en su faz médica sino también en la pedagógica. Son muestra de ello sus trabajos sobre "El scoutismo en Bolivia", "La militarización escolar", "El factor místico en la educación del niño", inéditos, y principalmente, "El niño boliviano", publicado desde 1928 en diversas fuentes, estudio psicopedagógico de los tres tipos socio-económicos del niño boliviano: indio, mestizo y blanco. Mendoza, en fin, es seguramente el único escritor boliviano que ha hecho del niño un tema de creación literaria, como lo muestran, aparte de cuentos y composiciones poéticas numerosos, su poema "El huérfano" (1915) y su novela LOS HEROES ANONIMOS, sobre un niño que hizo la campaña del Acre contra el Brasil (1928), así como sus canciones infantiles (inéditas).

Los problemas obreros, como otro aspecto de la cuestión social, fueron también en este período motivo preferente de la preocupación de Mendoza. Entre su numerosa producción bibliográfica al respecto hay que mencionar sus conferencias "Por los obreros", estudio de los dos ejemplares típicos del proletariado boliviano, el minero y el siringuero; "El comunismo" y "Temas sociales bolivianos", sobre los problemas emergentes de la crisis minera de 1928 y 1929 en Bolivia.

Otro intenso capítulo en la actividad intelectual de Mendoza es el periodismo. De 1912 hasta su muerte, no cesa prácticamente de exponer sus ideas en toda la prensa boliviana. A más de fundar en Sucre los periódicos NUEVAS RUTAS (1916) y LA REPUBLICA (1917), colabora activamente en LA MAÑANA, LA CAPITAL, LA INDUSTRIA, LA PRENSA, LA TRIBUNA, EL PAIS, EL TIEMPO, etc., de la misma ciudad; en EL NORTE, EL HOMBRE LIBRE, EL DIARIO, LA RAZON, LA REPUBLICA, de La Paz; LA PATRIA, de Oruro; EL SUR, de Potosí. Es por el camino del periodismo que Mendoza entra de lleno en el problema de la "integración territorial" de Bolivia, o sea la coordinación de las diversas zonas geográficas del país desparramadas unas de otras. En esta cuestión sus conclusiones son quizá lo más rico de contenido porvenirista que su esfuerzo ofreció a la patria. En su periódico NUEVAS RUTAS lanzó la consigna de "dar las espaldas al Pacífico" para emprender la obra de conexión con los territorios del oriente como un paso previo para la edificación de la unidad boliviana que traera como resultado su fortalecimiento interior, sobre la base del cual podrá, llegado el caso, encararse la solución del enclaustramiento mediterráneo del país.

Rebasando la actividad periodística, el tema está desde entonces presente en toda la obra publicitaria de Mendoza: histórica, geográfica, sociológica y hasta literaria.

Mendoza se hace presente en la historiografía boliviana con su estudio LA UNIVERSIDAD DE CHARCAS Y LA IDEA REVOLUCIONARIA, sobre la influencia del pensamiento universitario de La Plata, hoy Sucre, en la revolución emancipatoria americana (1924). Posteriormente publica "La creación de una nacionalidad", estudio de los antecedentes sociológicos de la emergencia de Bolivia como república independiente (1925); AYACUCHO Y EL ALTO PERU (1926), FIGURAS DEL PASADO: BIOGRAFIA DE GREGORIO PACHECO (1926), "La muerte de Ballivián", "Melgarejo", "Vida y muerte del gran mariscal de Ayacucho" (1926-1929), etc., etc.



JAIME MENDOZA

En su afán de penetrar en el problema boliviano, Mendoza debía ir por fuerza, junto a la rebusca del pasado, a la consideración del substrato telúrico de la nacionalidad. De ahí nace su estudio EL FACTOR GEOGRAFICO EN LA NACIONALIDAD BOLIVIANA (1925), una de sus obras claves para la explicación de su doctrina boliviana, donde se plantean nuestros problemas nacionales e internacionales básicos: el del Pacífico y el del Atlántico. El primero había de estudiarlo concienzudamente luego en el libro EL MAR DEL SUR (1927), y el segundo en LA RUTA ATLANTICA (1928), además de una profusión de artículos correlativos en periódicos y revistas.

En este último aspecto, y previendo la posibilidad de una guerra entre Bolivia y Paraguay, desde 1926 ("La cuestión con el Paraguay" conferencia pronunciada con los auspicios del Presidente Hernando Siles en La Paz), aconseja, como fórmula de solución, una división transaccional del territorio del Chaco entre ambos países.

EL FACTOR GEOGRAFICO EN LA NACIONALIDAD BOLIVIANA, EL MAR DEL SUR Y LA RUTA ATLANTICA, complementados después de diez años por EL MACIZO BOLIVIANO (1935), constituyen la exposición sistemática y completa de la doctrina de la "reintegración territorial" preconizada por Mendoza para su patria.

En el campo literario, a su primera novela, EN LAS TIERRAS DEL POTOSI, había seguido PAGINAS BARBARAS (1918), sobre la vida en las remotas comarcas del Noroeste de Bolivia, en el bosque amazónico, donde se explotaba la goma. Estos dos libros son de los primeros en la literatura social del Continente. Luego vienen MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE (1918), cuyos productos fueron cedidos para la edificación de un manicomio en Sucre; LOS MALOS PENSAMIENTOS retrato de la vida citadina en Bolivia; EL DESERTOR, sobre un episodio de la guerra del Pacífico en 1879 (1926); LOS HEROES ANONIMOS (1928). En cuanto a la poesía, desde 1915 publica sus poemas "Tihuanacu", "Poema rojo", "El huérfano", "El toque del silencio", "Oruro", "El cabo de la vela", "Bolívar en el Potosí".

Este período de la vida de Mendoza cierra con un confinamiento que el gobierno Siles le impuso en las malsanas regiones de Quiabaya (departamento de La Paz), en represalia a las campañas sociales del escritor y a sus críticas sobre aspectos de la obra vial de gobierno de dicho mandatario. En su confinamiento, Mendoza recoge materiales para su libro "Notas de un desterrado", sobre la geografía, la vialidad, las costumbres y la tipología de los Yungas de La Paz, publicado fragmentariamente en periódicos de La Paz y Sucre.

La caída del régimen de Siles en 1930 hace que Mendoza reanude su labor en dos nuevos escenarios. Promulgada la ley de autonomía Universitaria se le designa, a pedido de los estudiantes, Rector de la Universidad Central de Bolivia. Comienza a organizar el régimen autónomo, pero antes de coronar su obra tiene que interrumpirla. Los universitarios de Sucre proponen su candidatura como senador por el departamento de Chuquisaca en las elecciones nacionales de 1930. Contra el cohecho, la falsificación de votos y el robo de ánforas eleccionarias, su prestigio de pensador y escritor le vale, en lucha desigual, la elección. Concurre a las legislaturas de 1931 a 1936, año en que el régimen constitucional es quebrantado por un golpe militar.

En el parlamento, Mendoza trata de llevar a la práctica las ideas que había expuesto como escritor en diversos problemas bolivianos, especialmente el de la "reintegración territorial", el social, el infantil, el sanitario.

En 1932 estalla la guerra con Paraguay. En pocos días Bolivia es arrasada por la ola belicista. Sólo una voz vibra discordante en medio del coro guerrero: la de Mendoza. Como mentor estudiantil, como periodista, como historiador, como parlamentario, desde la iniciación de las hostilidades y en cuanta coyuntura se presenta con promesas de eficacia, Mendoza reclama una solución transaccional del conflicto. Pero el pacifismo de Mendoza no era ñoño ni derrotista. Sabía, sencillamente, que Bolivia no estaba preparada para la guerra y que, por consiguiente, ésta la traería más desastres que ventajas. "Bolivia -clamaba Mendoza en el Parlamento y en la prensa- empieza por carecer de lo más esencial en una guerra: vías de comunicación rápidas y seguras para hacerse presente en el campo de operaciones". Y -curiosa ironía-, la divisa de "ir a pisar fuerte en el Chaco", que él había propuesto con un sentido constructivo hacía más de un lustro, ahora, atribuida al hombre que había sido el apóstol de aquella guerra -Salamanca- era ahora cantada por miles de voces como un grito de destrucción.

Mendoza, por lo demás, marchó a la guerra. Tenía a la sazón 58 años; su cuerpo era todavía ágil y todavía se mostraba erguido, pero ya estaba maltrecho por más de un accidente del trabajo como no podía menos de ser en tan grande y constante trabajador. Con todo, él era médico y entendía que, como tal, "se debía en primer lugar a la humanidad" Mendoza fue en el Chaco Director de los hospitales militares de Macharetí y Charagua. En misión de estudio hizo, además, recorridos en dirección a Ballivián por el Sur e Ingavi por el oriente. Fruto de su permanencia en aquellas regiones son sus estudios sanitarios sobre "Las micosis", "La fiebre amarilla"; geográficos como "Charagua", "El Parapetí", "El Timane", "Las ruinas de Ihuirapucutí; y, por último, un libro de memorias inédito. Para los periódicos de Sucre, Oruro y La Paz, escribe en todo este tiempo crónicas de viaje, artículos sobre caminos, cuadros bélicos, cuestiones políticas. En el terreno bibliográfico enriquece su ya nutrida contribución con dos nuevos libros: LA TESIS ANDINISTA. BOLIVIA-PARAGUAY (1933) y "La tragedia del Chaco" (1933) ambas obras histórico-geográficas.

Concluida la guerra, y luego de su concurrencia a la legislatura de 1935, Mendoza permanece en Sucre, entregado del todo a su labor de escritor. Todavía en 1937, grupos de estudiantes y obreros quieren señalarlo como candidato a la presidencia de Bolivia.

Por esos mismos días pronuncia, para los estudiantes de Sucre, una memorable conferencia sobre "La cuestión social en Bolivia" que resume las ideas que sustentara sobre esta grave cuestión a lo largo de su vida.

Tampoco descuida la novela y la poesía. En 1936 sale a luz su novela de ambiente altiplánico EL LAGO ENIGMATICO y en 1938 una recopilación de poesías, VOCES DE ANTAÑO.

Y así habían de proseguir otros libros y otras iniciativas, ya iniciados o proyectados. Pero no fue más. Mendoza cayó enfermo en noviembre de 1938, enfermedad que, complicándose gravemente, determinó su muerte el 26 de enero de 1939. Pocos días antes había dictado las últimas líneas de su ensayo sobre "La hipocondría", como relator oficial del tema, en representación de Bolivia, para las Jornadas Neuropsiquiátricas Panamericanas de Lima.

La premisa en que se asienta fundamentalmente la obra de Mendoza es su compenetración directa con los elementos físicos y sociales constitutivos de la realidad boliviana. En un fondo rústico familiar convive desde la infancia con los problemas del campo. Desde su juventud conoce el ambiente minero como médico en los centros estañíferos de Uncía y Llallagua. Prueba también la vida de la amazonía boliviana entre soldados, barraqueros y trabajadores. Frecuentemente oficia como médico en villorrios provinciales. Viaja incansablemente por todos los caminos de la patria.

Esta compenetración, junto a tendencias espirituales innatas, confieren a su trayectoria un sentido elevado de humanismo y de bolivianidad.

Así lo vemos como hombre de acción, fundando hospitales, escuelas, centros de mutualismo, instituciones de bienestar físico y espiritual, servicios de protección a la infancia; o urgiendo hace ya un tercio de siglo a encarar previsora y resueltamente sobre un plano de noble y a la vez eficaz coordinación, las cuestiones sociales que han acabado por hacer crisis dramática; o promoviendo una vasta y prolongada lucha por una red vial en el país como paso decisivo para la consolidación nacional; o desafiando el encono de sus compatriotas arrebatados por el furor bélico, como cuando levantó su voz tanto de idealista cuanto por el conocimiento certero de los arduos problemas que un país impreparado no iba a poder salvar.

Y estos principios inspiran también su obra intelectual. Novelista, expresa el paisaje y el quehacer humano de las regiones constitutivas de Bolivia; poeta, revela los valores supremos de nuestro ser en la naturaleza, el hombre, la tradición; historiador, le inquieta no el afán vacuo del simple erudito sino el ansia urgente de explicación retrospectiva para nuestros problemas; geógrafo, se estrecha a la tierra, le inquiere, le arranca la fórmula que ilumina el porqué entrañable de la existencia misma de Bolivia; médico y hombre de ciencia médica va ante todo en pos de la previsión y aborda las cuestiones sanitarias peculiares de su patria para comprender aún más extensa y profundamente el caso boliviano; sociólogo, vuelca su poder intuitivo, su experiencia y su amor en síntesis abarcadoras sobre la verdadera relación entre la tierra y la sociedad boliviana, concebidas como fuentes nutricias de la vida nacional; estadista, es el vigía que señala rumbos irrevocables para la orientación de los destinos patrios.

Como obedeciendo a un impulso de predestinación, Mendoza así cumple, en grado que quizá ningún otro pensador boliviano ha alcanzado, las etapas que lo llevan a entrar en el secreto de la tierra y la gente de Bolivia, para concluir exponiendo toda una doctrina de integración nacional cuyos temas fundamentales siguen un pie y mantendrán su vigencia, como incitación superior a las nuevas generaciones, por mucho tiempo todavía.

"LA LUNA SE LLAMA MARIA"

Por LUIS FUENTES RODRIGUEZ

LOS PERSONAJES.

Madeleine.
El Padre.
La Madre.
La Abuela.
La Luna.

El Enano.
Mimí.
El Oso.
El Soldado.
Muñeco Uno.
Muñeco Dos.
Muñeco Tres.
Otros Muñecos.
} Los Juguetes.

"LA LUNA SE LLAMA MARIA"

LOS ACTOS.

1o.- Los Juguetes de Madeleine.
2o.- El Sótano.
3o.- Las Abuelas mueren muchas veces

ACTO PRIMERO.

LOS JUGUETES DE MADELEINE.

Dormitorio pequeño. Al foro afeizar con luna. A un margen, el retrato de La Abuela. Al centro de la habitación -y en primer término- un sillón grande, sobre el que duermen la muñeca, el oso de felpa y el soldado de la Caballería Real.

Al otro margen, cuna de Madeleine y cerca de ella, puerta practicable.

MADELEINE.
(APARECE EN ESCENA EN TRAJE DE DORMIR)
Esta noche la luna está más hermosa que nunca. ¡Cómo me gustaría jugar con mi muñeca en el jardín! Pero la pobrecita está muy constipada y, además, hace mucho frío afuera.
¡Oh Luna, Luna! Si tú supieras cuánta pena me da ver tan enferma a mi pobre nena...
(ACERCANDOSE A LA MUÑECA).
¡Dulce querube mío! ¿Te hace frío, pequeña? Espera, voy a abrigarte.
(LA ACUNA EN SUS BRAZOS Y CANTA).
La luna navega sola
por el mar.
¡Ay luna
-isla de espuma-
sobre el mar!
Con la luna viene el sueño
y tú no quieres dormir.
¿Dónde estará la luna
por el mar?
Mimí, hijita, te quiero tanto...
(LA ACUESTA, SE PERSIGNA Y DUERME JUNTO A ELLA. UN MOMENTO DESPUES, LA ABUELA DEL RETRATO SE DESCUELGA POR UN BANQUILLO Y SE APROXIMA HACIA SU NIETA).

LA ABUELA.
Están dormidas. ¡Y qué hermosas son! Ya me decía yo: Una nena tan buena tenía que ser mi nieta. Debe tener once años. ¡Once años! ¡Dios mío! ¿Tanto tiempo estuve dormida? Parece increíble que haya estado ausente y, sin embargo, es cierto. ¿Dónde estará mi hijita? Sin duda estará descansando. No vale la pena despertarla. Las abuelas nos contentamos con poco. Nos basta ver a nuestras nietecitas de vez en cuando.
¡Qué alegría más grande! ¡Una nieta..! ¡Y qué blanca es! ¡Oh, pero esta bendita reuma no me deja tener en pie. Y claro que tenía que dolerme ahora...!
¡Los viejos! Sólo dolencias y achaques. ¡Los viejos! ¡Quién volviera a tener unos años menos..!
(SE SIENTA EN EL BANQUILLO).
Pensar que estoy otra vez en mi hogar. Pero qué cambiado está todo. Sólo Mimí es la misma de siempre. Sigue siendo tan bella como cuando la compré para mi hija. Me alegro de que la hayan cuidado hasta ahora. Tiene otra mamá: Madeleine, mi nietecita. ¡Cuánto debe quererla!
(EL OSO SE DESPEREZA Y DESPIERTA AL SOLDADO).

EL OSO.
¡Oye, soldado..!
EL SOLDADO.
¡Eh..! ¿Quién me despierta a estas horas?
EL OSO.
El oso de felpa.
EL SOLDADO.
¡Ah! Eres tu. ¿Qué quieres?
EL OSO.
Pues... adivina quién está con nosotros.
EL SOLDADO.
No sé.
EL OSO.
Piensa.
EL SOLDADO.
Te digo que no puedo pensar con tanto trajín por aquí y por allá. He perdido hasta el interés de las batallas. ¿Cómo quieres que piense, entonces..? ¡Esa niña (SEÑALANDO A MADELEINE) va a acabar con nosotros.
EL OSO.
Cierto.
EL SOLDADO.
Y luego, quieres que piense.
EL OSO.
Es que esta aquí la abuela de Madeleine. ¡Mírala!
EL SOLDADO.
¡Pero si es la anciana del retrato! Espera, voy a presentarle mis respetos!
EL OSO.
¿Crees que deba saludarla?
EL SOLDADO.
Sí; pero antes, límpiate las patas que las tienes llenas de barro.
EL OSO.
Con razón me hacía tanto frío. ¿Sera buena la abuela?
EL SOLDADO.
No conozco ninguna que no lo sea. Vamos.
(SE APROXIMAN HASTA LA ANCIANA QUE LOS MIRA EXTRAÑADA).
EL OSO.
Buenas noches, señora.
LA ABUELA.
¿Y de dónde salieron ustedes que no los vi a mi llegada?
EL OSO.
Sabe... Dormíamos en el sillón.
EL SOLDADO.
Este me despertó.
EL OSO.
¿Cómo pudo Ud. bajar desde el marco del retrato?
LA ABUELA.
Las abuelas hacemos las cosas más increíbles para ver a nuestros nietecitos.
EL OSO.
¡Ah..!
EL SOLDADO.
A su edad esas son travesuras peligrosas, señora.
LA ABUELA.
No importa. Estoy aquí y eso es lo

(Pasa a la Pág. 4)

"LES CROISES DE LA HAUTE MER"
DE ADOLFO COSTA DU RELS
Por
JUAN SILES GUEVARA

En Sudamérica, la Segunda Guerra Mundial provocó una corriente de legionarios que se embarcaron en sus puertos para ir a luchar por la libertad de Francia. Algunos franceses, otros descendientes, y buena parte criollos y mestizos puros. Gesta heroica y casi anónima, ha encontrado en la pluma de Adolfo Costa du Rels una emocionante perennidad en los páginas de "Les Croisés de la Haute Mer", editado por la librairie Plon, París, 1953, 235 páginas.

En "Los Cruzados de Alta Mar", Costa du Rels, no hace la historia completa de todos ellos, sino la de uno sólo: la de su hijo Sergio Adolfo. Con seguras pinceladas nos muestra los escenarios y la evolución personal del cruzado. Y así desfilan, primero Sucre, la desconocida y pequeña ciudad boliviana, después París, Túnez, Tánger, Fez, Marrakech, Roma, Madrid, La Paz, Buenos Aires... y se perfilan con fineza, los firmes rasgos morales de un muchacho, que al nacer motivó la siguiente predicción del médico asistente "Ce garçon sera soldat ou bien missionnaire". Lo último se logra mediante el sutil diálogo que realizan, de una parte, los cuadernos del Cruzado-el cuaderno azul, el amarillo o el jaspe- y sus cartas, y, de otra, las cartas y memorias de su padre y de su amigo Amylou.



ADOLFO COSTA DU RELS

Uno se asombra al percibir que la rica diversidad de la existencia de Sergio Adolfo, subterráneamente parece ordenarse en procura de un acto único y definitivo, su decisión de darlo todo, incluso la vida, por la libertad de Francia. Y así sentimos un solo aliento desde las primeras páginas escritas por el muchacho, que, en 1937 anotaba: "Vivir es crecer. El heroísmo se prepara", hasta las últimas, de 1944, en las que escribía: "La vida debe ser una aventura bastante fea para que el hombre haya encontrado esta fórmula feliz: Morir bellamente". Sergio Adolfo, como los amados de los Dioses murió joven, a los 23 años, en Alta Mar, cuando regresaba al Viejo Mundo a combatir por Francia. Con su muerte selló el prodigioso periplo de una existencia auténtica.

El completo dominio de la técnica literaria, por parte de Costa du Rels, hacen que las páginas de tan singular biografía, se lean con la apasionante rapidez de una buena novela. Una sabia mezcla de descripciones, fragmentos de diarios, reflexiones, memorias y documentos, logran el feliz resultado de una atmósfera de creación pura.

Las subyugantes páginas de "Los Cruzados de Alta Mar" que reseñamos, han sido elogiadas por Francis de Miomandre, por André Rousseaux y otros críticos literarios franceses, han merecido el Premio Rivarol de 1953 -otorgado en Francia al mejor libro escrito por un extranjero- y han merecido, también, una seria nominación para el Premio Goncourt, premio que no alcanzaron únicamente porque el autor se negó a nacionalizarse francés para obtenerlo, según le contó Albert Camus a Oscar Cerruto. Ojalá pronto se traduzcan al español, para que nuevos públicos se emocionen con las páginas de la soberana pluma de Adolfo Costa du Rels, quien, en su capítulo final, escribe: "Ellos han muerto, Señor, como esos hombres de antaño, de quienes estudiaron la vida y de quienes tradujeron las obras. Ellos han muerto por la redención de los pueblos oprimidos, como vos, Señor, hace dos mil años en un calvario de Galilea. Quien muere por Francia, muere por la libertad!

Y ahora, vos que sois el comienzo y fin de todas las cosas, dadles la ternura eterna, la que vos reserváis a vuestros mártires o a vuestros héroes, porque la nuestra, al término de los años, al término del recuerdo, al término de nosotros mismos, como nuestros ojos, no será más que una fuente cegada que el polvo borra".

EL POETA DE LOS ANDES COSTA DU RELS
Por
LIONELLO FIUMI

Entre los laureles que la "Societé des Poètes Francais" distribuye cada año, singular relieve tiene el Gran Premio Internacional de Poesía; lo que se explica, si se sabe que Francia, más generosa que Italia, que es más bien avara en conceder premios a los extranjeros, sea este proceder bueno o malo, pero de todas maneras los premios los retiene para sus compatriotas. Quisiéramos aclarar, que la "Societé des Poètes Francais" es la única que cada año concede su premio a un poeta representante de una nación en forma rotativa. De aquí este clamor urbi et orbi. Es el premio que ha sido dado a Inglaterra con Eliot, ya Nobel, a Suecia con Pär Lagerqvist, el autor de "Barrabás", a México con Jaime Torres Bodet, que fue director general de Unesco, al Brasil con Ribeiro Couto, el querido y llorado lírico de "Día longo", a Holanda con Van Vriesland, al Japón con Kojiro Sherisawa, a Senegal con Sédar Sengher, y también a Italia con -si parva licet- el que suscribe, para citar solamente algunos de esta carta geográfica de la poesía mundial. Este año, tiene el honor Bolivia, por los muchos méritos de Adolfo Costa du Rels.

¿Bolivia? Pero, sí, la joven República que recuerda en su nombre el gran Libertador, Simón Bolívar. Estado de dos millones y medio de habitantes, con una superficie cuatro veces más que Italia, enclaustrada, sin salida al mar, en el corazón de la América del Sur, tiene una vida intelectual típica y fecunda. En este país ningún escritor puede sustraerse al embrujo de los Andes. La cordillera prodigiosa, nos hace surgir ante los ojos de la fantasía la visión de los picos eternamente inmaculados sobre los cuales vuela en espera que el caminante preso de vértigo se precipite en los barrancos, el cóndor rapaz. No vemos la sierra de yerbas magras, que sólo las mansas llamas amigas del indio taciturno y resignado, aceptan.. Andes Bolivianos: y se piensa en las piedras muertas de Tiahuanacu, la metrópoli a la que los arqueólogos que buscan sorprendidos atribuyenuna edad de diez mil años, se piensa en el Lago Titicaca, de una desolada poesía que el cantor Jaimes Freyre supo descubrir y cantar. De esta literatura boliviana con caracteres propios, y que tiene apenas un siglo, Freyre ha sido el primer exponente lírico notable, él ha hecho resurgir el influjo de los parnesianos, como narrador ha dado cuentos que los que el paisaje de los contrafuertes andinos y las costumbres de los indios, buenos perovengaditivos reviven con fuerza dramática. Al lado de él es mencionado Alcides Arguedas, el vigoroso y humano novelista de "La raza de bronce", epopeya del indio martirizado y más aún, como valiente historiador de su país en "Caudillos bárbaros" es parangonado por la crítica a los "Doce Césares". Adolfo Costa Du Rels, el reciente Grand Prix, nacido en Sucre ciudad de Bolivia, es el mayor exponente de esta generación, es considerado con justo título uno de los mejores escritores sudamericanos, por su vinculaciónsanguínea con Francia, y por sus estudios hechos en Córsega y París, muchas de sus obras las escribió en francés, idioma que domina, enviaba del fondo del Chaco, bajo un pseudónimo femenino, una poesía "Invocation a la mer" que obtuvo el famoso premio Femina. En novelas, "La obsesión del oro", "Tierras incendiadas", etc. La tierra boliviana, con su bosque impenetrable y sus picos diáfanos de los Andes, con caminos a cuatro mil metros y las aves rapaces que revolotean encima, con los silenciosos indios y pícaros buscadores de oro, esa tierra llena de insidias y de grandiosidad, es la protagonista de páginas inolvidables. Recuerdo de haber traducido hace algunos años, para "L'Illustraziones del Popolo" de Turín, un largo y dramático cuento "Dos caballeros en los Andes". La acción se desarrollaba en un escenario que, una vez leída no se podía olvidar. "El camino que va de Challapata a Potosí" que todavía algunos viajeros se sirven de él, es lo más siniestro que se pueda imaginar. El viajero tiene sus etapas fijadas de antemano. Las posadas están separadas por un número igual de leguas, lo que se puede recorrer a paso normal de mula, del alba al anochecer. Cualquiera que se aventure en esas regiones debe haber llegado al refugio antes del anochecer. Con la ayuda de la noche las altas planicies tienden a suscitar miedosas visiones. Los indios dicen que no se debe turbar el sueño de la Pachamama, la terrible Diosa del desierto, de las montañas y de los valles. Delante, se extendía la pampa, transfigurada por la magia de la nieve. Las ráfagas de viento se sucedían gimientes y apresuradas, siguiéndoselas unas a las otras. Una sensación espantosa comenzó a quitarse las respiración, creía que su caballo enloquecido se lanzaba contra un inmenso bloque de hielo y que se metía en una inverosímil grieta, que le cortajeaba las manos y la cara. Un extraño peso le hizo encorvar la espalda, una fuerza extraña lo asediaba por todas partes. El frío, el frío pérfido y socarrón de las cimas, reavivado por la fuerza del viento lo había agarrado. El frío de la puna, que trae la apoplejía y miradas de la muerte. Sus pies parecían de plomo, las manos rígidas no sentían más las riendas. En todas partes el infinito, planicie, montañas, y alrededor de él los dientes de una sierra y el lamento interminable.

Habréis comprendido la fuerza de este escritor, que siguió la carrera diplomática y ha sido por largo tiempo Embajador de su país en varias capitales de América y de Europa. Durante la última guerra, tuvo la terrible desventura de perder a su hijo que era joven y bello, lleno de ideales y con cultura francesa, quiso combatir por la libertad de Francia, enrolándose en el ejército de De Gaulle. No pudo realizar su deseo, porque partió de América con otros compañeros el 29 de febrero de 1944, el navío que llevaba esa preciosa carga de voluntarios al sacrificio, fue hundida por submarinos alemanes.

De la angustia del padre han nacido obras intensamente patéticas y de gran valor. "Les Croisés de la Haute Mes" prosas seguidas en formal de diario, la formación de la conciencia en el joven héroe, hasta entonces supremo holocausto; hay páginas que no se pueden leer sin que se humedezcan los ojos. "Amaritudes" poesía escrita en francés, en la cual el padre enceguecido por el dolor, se efusiona en cantos de belleza. Como en esa composición lírica Ell reloj sumergido, donde ruega al Señor de caminar una vez más sobre el agua, para indicarle el lugar que sólo El sabe "perdido en el infinito, donde parece que entre dos aguas flotan palmas humanas".

En verdad, esta recopilación sumada a toda sus obras de poeta de los Andes ha pesado para la decisión de Pascal Bonetti, de hacer de Adolfo Costa Du Rels, el dignísimo laureado del "Grand Prix International de Poésie 1965" hace acrescentar más el número de sus ilustres predecesores.

DE UNAMUNO...

(Viene de la Pág. 1)

y librillos. Entre aquéllas, las extranjeras abruman a las españolas; y aun las más importantes de éstas -salvo contadas excepciones-, para excitar a su lectura, imitan con descaro el formato y la confección de las mejores importadas. Y los librillos "pasto" de curiosidades juveniles o de inteligencias romas, si intentan alcanzar el éxito económico, han de estar firmadas con nombres extranjeros, bajo los cuales se ocultan un Juan Núñez o un Alfonso García.

¿No indica, y bien a las claras, lo apuntado que sigue nuestra literatura, tanto la buena como la mala, sin fe en sí misma? ¡Terrible servidumbre la de esta prestada fe, que no permite a nuestros escritores recogerse en estado de reflexión para salir de él manumitidos, o recobrados por nuestra tradición, que es nuestra fe; que impide a nuestros editores entregarse a la nobilísima empresa de editar con preferencia lo español; que vicia a los lectores españoles en monomanía entreverada de papanatismo! Y para consumar la servidumbre, nuestra crítica literaria. Para la cual, los buenos modelos llevan siempre marchamo extraño, y a los que se refieren con unción y untuosidad para establecer las comparaciones y sentar los juicios sin cesación posible.

Se me objetará que entre 1680 y 1960; hubo, y sigue habiendo, escritores españoles impermeables a toda influencia extranjera y firmes eslabones en la aúrea cadena de nuestra tradición literaria. ¿Y cómo negarlo yo? Cuando nuestro neoclasicismo se nutría con la hojarasca del francés, escribieron "a lo español" un Ramón de la Cruz, un Bretón de los Herreros. Cuando nuestro romanticismo calcaba los modelos ingleses y franceses, triunfaron "a lo español" un duque de Rivas, un José Zorrilla. Cuando nuestro realismo decimonónico se miraba en los espejos galos o británicos, un grupo de grandes novelistas, capitaneados por Galdós, reafirmó el peculiar realismo hispano, manantial etérno en la serranilla del Arcipreste de Hita. Cuando nuestro modernismo pringaba afrancesamiento traducido "a lo hispanoamericano", nos devolvieron intacta, pero renovada y aquilatada, nuestra mejor tradición lírica un don Miguel Unamuno y un don Antonio Machado. Mas estas nobles y extraordinarias excepciones no hacen sino confirmar una regla general. Y esta regla general nos dice que nuestra literatura, en 1964, sigue sin recuperar la fe en sí misma.

De Norte - México, D.F.

UNA NOVELA DE COSTA DU RELS SOBRE LA GUERRA DEL CHACO

Por
JORGE SILES SALINAS

Las novelas y colecciones de cuentos que se inspiraron en la guerra del Chaco constituyen un ciclo literario que, por su dramaticidad y por los valores que en él surgieron, debe figurar como tema de primordial importancia en el panorama de nuestras letras contemporáneas. Unos cuantos jóvenes dotados de inquietudes intelectuales y de una vocación literaria más o menos definida vivieron la tremenda experiencia bélica saliendo de ella con el ánimo conturbado por la decepción y el pesimismo. Una sensación de amargo resentimiento, de ira irreprimible que no podía manifestarse sino a través de formas verbales violentas y de una agria visión de las cosas, dio lugar en ellos, las más de las veces, a una obra literaria que responde a la preocupación fundamental de proclamar la necesidad de una revolución social para su pueblo. La política viene a ser la forma obsesiva en que en ellos se manifiesta su voluntad de transformarlo todo y de demoler el odioso sistema social que impuso a su generación el estéril e insensato sacrificio de aquellos tres años agobiantes. Ahora bien; en la ideología política de estos autores se advierte fácilmente un común denominador que acaso esté más cerca del socialismo que del comunismo, pero que en todo caso indica en todos ellos una actitud de crítica social que a casi todos les sitúa dentro de una posición de izquierda extremista.

Tan absorbente es en ellos el interés por la política, que al lado de ella palidece o se diluye toda otra preocupación. Es curioso y sumamente revelador en cuanto al mundo de ideas y valoraciones dentro del cual se mueven los grupos sociales dirigentes de Bolivia, que en la literatura boliviana de la guerra del Chaco no aparece apenas una inquietud espiritual de carácter religioso. Muchas veces hemos pensando que nuestro país, al menos en lo que toca a sus clases cultas y representativas, posee una muy escasa sensibilidad religiosa. Ello resulta evidente si comparamos el nuestro con otros países, como Argentina, Ecuador, Chile o Perú. El limitadísimo número de vocaciones sacerdotales, la facilidad con que el divorcio ha penetrado en todos los círculos de la sociabilidad urbana, la inexistencia -o poco menos- de figuras intelectuales católicas en la historia de la cultura nacional, todo esto corrobora inequívoca y dolorosamente nuestro aserto.

La guerra del Chaco y las obras literarias que ella suscitó son la más patente demostración de esta realidad. En vano se buscaría en ellas la inquietud por el destino que nos reserva la muerte, ni la esperanza religiosa potenciada por el sufrimiento, ni la valorización cristiana del sacrificio, ni siquiera la imploración de la ayuda sobrenatural ante el peligro. Es lo cierto, sin embargo, que la guerra, en todo tiempo, ha servido para acicatear el sentimiento religioso, toda vez que ella aviva en el pensamiento del combatiente ciertas intuiciones esenciales que de ordinario permanecen dormidas en la mente cuando se vive bajo la solicitación constante de las cosas materiales. Así, la idea de Dios, el arrepentimiento moral, la necesidad de la justificación, el sentimiento de la transitoriedad de las cosas humanas, se iluminan en la conciencia del que siente amenazada su existencia concibiendo al mismo tiempo la urgencia de dar un sentido a su propio sacrificio.

El ambiente del Chaco parecería propicio a excitar estas representaciones espirituales. La soledad de las trincheras, el hecho mismo de que la lucha parecía entablada más con la naturaleza que contra unos soldados enemigos; los actos de solidaridad a que todos se veían obligados en medio de las inmensas privaciones impuestas por el medio y por las circunstancias; la falta de comunicaciones; el alejamiento en que todos se hallaban; eran éstas razones que no podían sino favorecer el diálogo del hombre con su conciencia y con Dios. ¿No estaban situados los contendientes como en un escenario irreal, del que ya parecía imposible volver al panorama habitual de sus preocupaciones cotidianas? Sin embargo, el hecho cierto es que los testimonios literarios que de la guerra nos han llegado no acusan en modo alguno la inquietud por el más allá. No es sólo que no aparece jamás un sacerdote -un capellán- como tema de análisis psicológico, ni es tampoco el hecho que los diálogos distan mucho de patentizar el deseo de los autores de estas novelas por sondear la profundidad o superficialidad de las actitudes religiosas de sus personajes; es que ni siquiera en el caso de los prisioneros de guerra o de los heridos trasladados a los hospitales asoma este tipo de preocupaciones.

Parecíame que este era el caso que presentaban uniformemente todos los escritores bolivianos de los episodios del Chaco; creía yo que ningun autor escapaba a esta regla general. Aun llegué a afirmar tal cosa en ocasión de una conferencia pronunciada en Madrid. Mas pronto hube de caer en la cuenta de mi error.

Había un novelista que constituía a este respecto una notabilísima excepción. El mismo hubo de hacérmelo notar después de haber conocido un comentario a aquella ya mencionada conferencia. Ese novelista era nada menos que el insigne escritor boliviano Adolfo Costa Du Rels.

Tuvo él la amabilidad de enviarme su libro, "Lagune H-3", publicado en francés (Viau, Buenos Aires, 1944). Fue para mí una revelación sorprendente. Lo que no había hallado en otros relatos de la guerra, aparecía aquí como el tema decisivo, como el asunto que prestaba especial patetismo a las páginas admirables en que está desarrollado su argumento, sobrio e intenso como el de una tragedia clásica. He aquí que por fin llegaba a mis manos una novela de la guerra del Chaco que no estaba construida a partir de la reiteración obsesiva de los temas eróticos o políticos. Esta breve novela mostraba un signo distinto. El mismo signo que Peguy o Psicari recogieron de otra durísima experiencia bélica: el de la preocupación religiosa florecida al hilo de las dolorosas derivaciones de la guerra.

Bien es verdad que Costa Du Rels no tuvo la experiencia directa de aquellos sucesos. Le correspondió servir a su país durante aquellos años cumpliendo elevadas funciones diplomáticas. Pero acaso por ello mismo su visión reviste una importancia decisiva. Todos los demás autores incluidos en el ciclo del Chaco vivieron el drama desde dentro, participaron en él como protagonistas. De los escritores consagrados con que por entonces contaba Bolivia, ninguno intentó una interpretación novelesca de aquella tragedia, salvo Costa Du Rels. Este, pues, vivió los acontecimientos, también como protagonista, aunque no desde la línea de fuego, sino desde lo más íntimo de su corazón y de su conciencia, uniéndose entrañablemente al drama de sus compatriotas movilizados a la frontera. Además, y esto es lo decisivo, se sintió llamado, pasados ya algunos años de la terminación del conflicto, a reconstruir idealmente las angustias vividas por unos hombres que, al mismo tiempo que luchaban por sobrevivir, buscaban con angustia no ya únicamente la laguna que les salvara de la muerte, sino también la fuente donde curar sus dolencias espirituales.

"Laguna H-3" narra la historia de un destacamento boliviano perdido en la arenosa inmensidad del Chaco, al cual dos valerosos oficiales tratan de hacer salir de aquellos parajes alucinantes mientras lentamente se va agotando su escasa provisión de agua y en tanto que día a día parece hacerse más espesa la masa de espinudos arbustos, poblados de devoradoras hormigas, dentro de la que ellos giran, a la deriva, esperando una casi imposible salvación. Son varios los relatos de la guerra del Chaco que coinciden en la descripción del pequeño grupo de soldados que, por no caer en manos del enemigo, terminan por caer en las redes de un adversario mil veces más temible: la calcinada planicie, cubierta de una flora agresiva de zarzales y punzantes ramas desnudas. La pequeña milicia quiere abrirse paso, a golpes de machete, en medio de estos secos matorrales, pero el avance se hace cada vez mas lento, por efecto del calor y la fatiga; las ramas desgarran los uniformes y los escuálidos cuerpos de los soldados; éstos van deshaciéndose en el camino de sus armas e impedimenta, y el grupo va mermando poco a poco por la consunción y por la imposibilidad de atender a los enfermos.

Como en casi todos los demás relatos acerca de este tema, el adversario humano, el soldado paraguayo, no aparece en escena; en las narraciones de Toro Ramallo, de Céspedes, de Gastón Pacheco, el verdadero enemigo es la naturaleza; el horror de aquellos parajes sobre los que domina la nota gris de los arenales, de los árboles esqueléticos, del cielo ceniciento, obsesiona a todos los autores que vivieron aquella tragedia; el tema de dicho paisaje hostil es uno de los motivos que comunica vigor descriptivo, fuerza dramática a sus novelas. En la obra de Costa Du Rels, en cambio, el enemigo no está fuera de aquellas vidas sometidas a tan duras pruebas; es un enemigo interior: son los "monstruos" de que habla el prólogo, esto es, las variadas imágenes que asume en la conciencia de los protagonistas la tentación del egoísmo, el abandono a las fuerzas demoníacas que amenazan con arrastrarlos a la inaccion, a la pérdida de la esperanza. No es el satanismo de la rebeldía ni el de la embriaguez del mando ni el del resentimiento hacia el prójimo el que agita las almas de los dos principales personajes; tales actitudes quedan para los actores secundarios, para los individuos rencorosos y viles que forman parte de la sedienta caranava. La tentación que acecha a Borlagui y a Contreras, los jefes de la patrulla, es más compleja, pero también más penetrante; es la inclinación al abandono, la lenta extinción de la vida del espíritu, la negativa a la esperanza; es, en suma, la tentación del suicidio espiritual.

Aquellos personajes son, en la cabal acepción de la palabra, jefes natos, hombres provistos de una voluntad fuerte, personalidades vigorosas y conscientes de su deber. Mas, dentro de estos espíritus bien templados se va infiltrando, insidiosamente, la solicitación del renunciamiento, el ácido corrosivo de la desesperanza.

Borlagui es un hombre de fe; Contreras, en cambio, no cree en Dios. Tienen en común el sentido firme del deber, la adhesión a las virtudes militares de la disciplina y el espíritu de sacrificio. Costa no sigue la corriente de otros novelistas empeñados en mostrar la deprimida imagen de unos militares viciosos y culpables. Al contrario, sus dos protagonistas son figuras bañadas por la luz del ideal, bien que su heroicidad no consista en gestos retóricos y conmovedores, sino en la forma callada con que saben asumir el sufrimiento y comunicar aliento a los demás.

El silencio de la noche, los momentos en que el peso agobiante del calor hace imposible la marcha, son ocasiones propicias para el diálogo entre los dos oficiales. "El único acto salvador es la plegaria" dice Borlagui a su interlocutor. Este se expresa de otro modo: "Con un poco de suerte, lograremos salir adelante". ¿Suerte?... -responde Borlagui-. Yo llamo a esto Providencia".

Contreras, sin embargo, mientras avanza por el "monte", cerrando la marcha, experimenta la impresión de una presencia invisible, como el paso de alguien que caminara paralelamente a él. Desde la espesura de los matorrales, parece que acecharan a la pequeña tropa todas las amenazas y maleficios que aquel hostil contorno despliega sobre ellos. Pero al lado de estas tenebrosas intimidaciones del paisaje, otra presencia se insinúa, a la vez confortadora e inquietante.

La revelación de un secreto que Borlagui, el jefe del grupo, guardaba celosamente a los demás, causa a Contreras una impresión funesta. El instrumento que aquél poseía no era una brújula, como todos suponían, sino solamente un medidor de distancias. Por tanto, la exhausta expedición marcha sin rumbo, sostenida únicamente por la fe de su conductor. Este hecho se confirma un día cuando se descubre que los caminantes, tras varias jornadas de angustiosa marcha, sólo han errado en torno a un árbol corpulento, en cuyas altas ramas ha quedado colgado el cadáver de uno de aquéllos para ser devorado por una multitud de horripilantes hormigas. Al recibir la noticia del engaño en que todos han estado, Contreras se hunde en el abatimiento. Los demonios de la desesperación se adueñan de su espíritu. El voluntarioso teniente queda convertido en una sombra que se arrastra a duras penas, desposeído de su antigua energía, sordo a todo requerimiento, incapaz de prestar la menor ayuda a su superior.

Pero este estado de laxitud y desesperanza no había de durar hasta el fin. No es propiamente una conversión el proceso que se opera en Contreras, pero el poder de la gracia actúa de muy diferentes e incomprensibles formas, y un día el teniente vuelve a ser lo que siempre fue; después de un acceso de depresión, bordeando la locura, Contreras se encuentra a sí mismo, recobra sus facultades, se libera de sus demonios. La presencia de su camarada no ha sido ajena a esta transformación; con su ejemplo, con su confianza, sin duda también con su silenciosa plegaria, ha contribuido a ella decisivamente.

Más tarde, se opera entre ellos una trasmutacion de papeles. Borlagui enferma para ir lentamente decayendo hasta morir. Contreras toma el mando y siente que las virtudes de su jefe se han transfundido a su ser. Una suerte de misteriosa intercomunicación espiritual ha tenido lugar en las almas de ambos protagonistas.

"Borlagui sobrevivía en cierta forma en este oficial de consumido semblante, parco en el hablar. Es en el deber, prolongación, a través de los vivos, de las virtudes e ideales de los muertos, como ciertos seres reciben la revelación de su destino, cuyas diversas fases, a menudo fuertemente singulares, permanecen ininteligibles tanto a los otros hombres como a ellos mismos".

Así termina esta novela, cuya singularidad consiste, en medio de la novelística boliviana de la guerra del Chaco, en la visión originalísima con que el autor supo transmitir a sus personajes la preocupación por el destino trascendente del hombre.

(Viene de la Pág. 2)

"LA LUNA SE LLAMA MARIA"

más importante. ¿Ustedes deben ser los juguetes de Madeleine? ¡Claro! (AL SOLDADO) Usted es Capitán, ¿verdad?
EL SOLDADO.
No. Soy General.
LA ABUELA.
Mucho gusto. Y usted debe ser...
EL OSO.
Un oso, nada más que un oso, señora.
LA ABUELA.
Yo soy la abuela de Madeleine.
EL OSO.
Lo sabemos.
EL SOLDADO.
Bueno... La verdad es que yo no soy más que un simple soldado. No puedo engañarla. He vuelto hace un momento de la guerra.
LA ABUELA.
¡Cuente! ¡Cuente!..
EL OSO.
La guerra quiere decir para nosotros que han llegado a casa los amigos de su nieta.
EL SOLDADO.
Sus amigos...
EL OSO.
Esa es la guerra.
LA ABUELA.
¿Están heridos?
EL SOLDADO.
No. Pero estamos como si hubiéramos muerto.
LA ABUELA.
¿Qué puedo hacer yo por ustedes?
EL SOLDADO.
Yo quisiera... ¿Podría remendar mi casaca?
EL OSO.
Yo tengo maltratada una pata.
LA ABUELA.
¡Ah... pues, eso lo arreglo yo!
EL SOLDADO.
Gracias.
EL OSO.
Muchas gracias...
LA ABUELA.
(AL SOLDADO). Usted primero.
(AL OSO).
Ahora le toca a usted, señor oso. Pero.. ¿Cómo ha podido caminar con semejante desgarrón?
EL OSO.
Las circunstancias... ¡Vamos! Nosotros los osos tenemos nuestro orgullo. ¿Sabe?
LA ABUELA.
En un momento estará usted en condiciones de marchar otra vez a la guerra.
EL OSO.
¡Por Dios, señora!
EL SOLDADO.
Yo no soporto más.
EL OSO.
Cállate, soldado.
EL SOLDADO
Está bien, me callo.
LA ABUELA.
Esto no puede continuar así. ¿Habrá algún remedio que pueda evitar a ustedes tanto sufrimiento?
EL OSO.
Que yo sepa: ninguno. Pero de todos modos, le agradecemos... ¿No te parece, soldado, que la señora tiene buena intención para ayudarnos?
LA ABUELA.
Déjenme pensar. Y si los llevara conmigo. ¡Eh!.. ¿Les gustaría vivir con abuelita? ¡Pero no! ¡Claro que no! ¿Qué haría sin ustedes mi pobre nietecita?
EL OSO.
Claro.
EL SOLDADO.
Al fin, somos sus juguetes...
LA ABUELA.
Hablaré con Madeleine.
EL SOLDADO.
No le vaya a decir que nos quejamos. Sería una verguenza para mí.
EL OSO.
Y para mí también, no faltaba más.
LA ABUELA.
Entonces...
EL SOLDADO.
Dejemos las cosas como están. Madeleine no se ocupará de nosotros por mucho tiempo.
EL OSO.
Mimí está enferma...
LA ABUELA.
¡Ah! Ya entiendo: y se encargará de prodigarle todos sus cuidados. ¿No es cierto?
EL OSO.
Eso es.
EL SOLDADO.
No cabe la menor duda.
LA ABUELA.
¡A callar! Alguien viene.
EL OSO.
Debe ser el papá de Madeleine. Viene siempre a estas horas.
LA ABUELA.
¡A correr! ¡Pronto! ¡Pronto..!
EL SOLDADO.
Al sillón, oso.
EL OSO.
Suba usted, suba usted al retrato, señora.
(TODO VUELVE A SU MUTISMO GRAVE, LUEGO APARECE EL PADRE; EL CUAL SE APROXIMA HASTA LA CUNA, CONTEMPLA CON TERNURA A MADELEINE, TOMA EN BRAZOS A MIMI Y SALE DE PUNTILLAS.

MADELEINE SE INCORPORA Y LLAMA A SUS JUGUETES, LOS QUE PERMANECEN IMPASIBLES).

MADELEINE.
¡Ea! Despierten ya. ¡He oído todo! Esto no puede continuar así. ¡Oso! ¡Soldado!...
Son ustedes unos tontos. ¡Ah! Pero yo no puedo permitir que, so pretexto de tener la cabeza de goma, pretendan hacerse las víctimas ante los demás. Porque la verdad es ésta: Quienes hacen la guerra son ustedes, cuyo cerebro no alberga ni una sola idea. ¡Y claro! Con una cabeza así no se puede hacer otra cosa que la guerra.
¿Vieron ustedes a un "pacifista" que no fuera inteligente? y, en cambio, los que no lo son, se parecen a ustedes. Luego... se quejan todavía.
¡Ah! Pero esto lo arreglo yo ahora mismo. Los dejaré en el sótano. (SE LEVANTA DE LA CUNA, ZUMBA A SUS MUÑECOS Y SALE ARRASTRANDOLOS POR EL SUELO).
¡Quejas de mí!
¡Quejas de mí!
¡No faltaba más!...
TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO.

"EL SOTANO"

Sótano. A un ángulo, gradas con barandas. Al foro, reloj de esfera grande. En el techo, tragaluz.
En todo el espacio -y en desorden- muebles viejos, canastas, etc...
Al abrirse el telón, la escena adquiere progresivamente un extraño color violeta.

El "cucú" del reloj de Nuremberg anuncia la hora. Son las doce de la noche. De pronto todos los juguetes que dormían en diferentes lugares despiertan sobresaltados.
El Enano sobre un turril hace muecas graciosísimas.
Barahunda general.

EL ENANO.
No pueden negar ustedes mis excelentes condiciones de actor. Esta noche pienso divertirlos como nunca.
Señoras y señores: Va a empezar la función.
MUÑECO DOS.
¡Un momento! ay cosas más importantes que hacer todavía, por ejemplo, buscar la manera de salir de este encierro.
MUÑECO DOS.
¡Apruebo la idea!
MUÑECO TRES.
Pido que se instale la sesión.
EL ENANO.
¡Bah..! Primero debemos divertirnos, luego vendrá lo demás. Por favor, un poco de calma. Mi programa es realmente asombroso. Prometo que esta vez no quedarán defraudados. Tengo preparado un número, como no han visto jamás.
MUÑECO UNO.
¡Exijo que deliberemos!
MUÑECOS DOS.
¡Aprobado!
TODOS LOS MUÑECOS.
¡Aprobado!..
¡Aprobado!..
EL ENANO.
Bueno. Ustedes ordenan; pero no saben lo que pierden.
(CEREMONIOSO)
¡Queda instalada la sesión!
MUÑECO UNO.
Pido la palabra, señor Presidente.
EL ENANO.
Concedida.
MUÑECO UNO.
Pongo en consideración de la sala el siguiente proyecto de Voto Resolutivo:
(EXTRAE UN PAPEL DE SU BOLSILLO Y LEE).
"EL SINDICATO DE JUGUETES, ETC., ETC...
CONSIDERANDO:
QUE, COMO CONSECUENCIA DE NUESTRA SITUACION DEPENDIENTE, EMOS VENIDO A SUFRIR VEJAMENES SIN CUENTO DE QUIEN, POR EL SIMPLE HECHO DE CONSIDERARSE PROPIETARIA DE ESTOS DOMINIOS, HACE ESCARNIO DE NUESTRA EXISTENCIA.
QUE, LOS DERECHOS DE NUESTRA CLASE ESTAN RECONOCIDOS UNIVERSALMENTE POR EL CODIGO LUDICO Y APENDICES CORRESPONDIENTES.
QUE, POR TANTO, SON INCOMPATIBLES CON ELLOS, TODAS LAS ACCIONES INCONSECUENTES QUE TRATAN DE SOBREPASARLOS.
QUE, ESTE SINDICATO NO PUEDE PERMITIR POR MAS TIEMPO SEMEJANTES ATROPELLOS EN DETRIMENTO DE LA INTEGRIDAD FISICA Y MORAL DE SUS AFILIADOS.

RESUELVE:

PRIMERO.- Solicitar mejor trato para todos y cada uno de sus integrantes.
SEGUNDO.- Exigir su retorno inmediato a la libertad.
TERCERO.- Hacer conocer el presente Voto Resolutivo a todas las organizaciones similares a la nuestra, para su pronunciamiento solidario a la causa que sustentamos.
Es dado en la Sala de Sesiones... etc.

EL ENANO.
En consideración.
MUÑECO TRES.
La palabra.
EL ENANO.
La tiene.
MUÑECO TRES.
Pido que se añada la siguiente Resolución aclaratoria que determina la conclusión del Voto:
"EN CASO DE REINCIDENCIA DE LOS MALOS TRATOS, AUTORIZASE AL COMITE EJECUTIVO PARA QUE, EN USO DE SUS ATRIBUCIONES ESPECIFICAS Y EN POSICION DE PODERES EXTRAORDINARIOS QUE SE LE CONCEDE, PIDA LA INMEDIATA INTERVENCION DEL MINISTERIO DEL RAMO".
EL ENANO.
No habiendo discrepancias con la sugerencia, añádase la Resolución propuesta.
Los que estén de acuerdo porque sea aceptado el Voto con el último aditamento, sírvanse levantar la mano o la pata.
(LOS JUGUETES LO APRUEBAN).
Léase en revisión.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Aprobado!
¡Aprobado!
EL ENANO.
Pase por Secretaría de Prensa y Propaganda para su inmediata difusión.
EL SOLDADO.
Pamplinas. Con Voto o sin él seguiremos encerrados.
EL OSO.
Cierto.
EL SOLDADO.
Sugiero que se suspenda la sesión.
EL OSO.
Me sumo a la solicitud. Debemos salir de aquí antes de morir de inanición.
EL ENANO.
Esto es intolerable...
EL OSO.
Más intolerable es vivir entre cuatro paredes habiendo tanto campo afuera.
EL SOLDADO.
(CANTANDO).
¡Cielo y cielo; cielo y mar y una playa remota para marchar! ¡Oh cómo ansío volver a la libertad!
EL OSO.
¡Arriba todos!
Todo menos la esclavitud, o, qué es lo que prefieren?
MUÑECO UNO.
La libertad.
EL SOLDADO.
Yo prefiero morir de pie que vegetar de sentado.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Bravo!
¡Muy bien!
¡Hurra!...
EL ENANO.
¡Orden! ¡Un poco de orden!
TODOS LOS MUÑECOS.
Tiene razón el muñeco...
MUÑECO DOS.
Tiene razón el soldado. Que se suspenda la sesión. Debemos encontrar el modo de salir de aquí.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Sí!
¡Sí!
¡Sí!...
EL ENANO.
No veo la forma. La puerta está cerrada con llave.
EL ENANO.
Allí hay una ventana.
EL ENANO.
Sí, pero tiene una reja.
EL OSO.
Yo puedo arrancarla.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Que la arranque!
¡Que la arranque!
¡Que la arranque!...
(EL OSO SE DIRIGE HACIA LA REJA E INTENTA INUTILMENTE DESPRENDERLA DEL TECHO).
EL OSO.
Es imposible. Está bien asegurada.
EL SOLDADO.
(APROXIMANDOSE AL OSO).
¡Toma! Forcejea con mi bayoneta.
EL OSO.
Es inútil te digo. No cede. ¿Tengo yo la culpa?
MIMI.
Yo pido que vaya una Comisión para conversar con Madeleine. Ella es buena y atenderá nuestra demanda.
MUÑECO DOS.
¡Callate! Madeleine es más torpe que un anarquista.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Queremos guerra!
¡Guerra a Madeleine!
¡Basta de contemplaciones!
MIMI.
Yo digo que la amita no tiene la culpa de nuestro encierro.
MUÑECO DOS.
Mimí pretende confundirnos. Tiene tratos con Madeleine. Todos los que estén contra nosotros no deben dejarse engañar por la demagogia de Mimí. Mimí es nuestra enemiga. ¿Está claro?
MUÑECO TRES.
Merece una sanción ejemplarizadora.
MUÑECO UNO.
Pido un voto de censura para ella.
MUÑECO DOS.
Hay que apartarla del grupo.
MIMI.
Esto es una injusticia.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Que se calle!
¡Que se calle!...
MIMI.
(GRITANDO).
Madeleine es buena...
¡Madeleine es buena!
EL OSO.
Mientes.
MUÑECO DOS.
Es mala.
MUÑECO TRES.
Y tonta...
TODOS LOS JUGUETES.
¡Viva la libertad!
¡Viva!
¡Abajo Madeleine!
¡Mueran los explotadores!
MIMI.
¡Viva Madeleine!
TODOS LOS JUGUETES.
¡Que se calle!
¡Que se calle!
EL OSO.
Guerra a los confusionistas. ¡A ella..!
¡A Mimí!
(TODOS LOS JUGUETES SE PRECIPITAN SOBRE LA MUÑECA INDEFENSA).
LA LUNA.
(APARECIENDO).
¡Deténganse!
No veo cómo puede remediarse la situación de todos ustedes con la muerte de la pobre Mimí. Es inexplicable esta actitud o, ¿es que hay alguien que pueda justificarla? Convengo en que todos los ánimos estén exaltados; pero Mimí es un ser desvalido y es preciso que la prudencia evite una injusticia. ¡Vamos! Vuelvan todos a sus puestos. Ya veremos la manera de solucionar este grave problema.
(TODOS LOS JUGUETES OBEDECEN).
¡Bien! Y ahora, ¿quieren hacerme entender cuál es el motivo de tanta zumba?
EL ENANO.
Mimí es una espía. Eso es todo...
MIMI.
No señora Luna. Yo no soy una espía. Soy la muñeca de Madeleine.
LA LUNA.
Lo sé, Mimí, y estoy persuadida de que debes quererla mucho.
MUÑECO DOS.
Es increíble cómo puede existir alguien que quiera a esa muchacha. Mimí no tiene memoria...
LA LUNA.
No he venido a discutir nada que escape al interés de ustedes y, por eso, -sin perder más tiempo- resolveremos el conflicto. Aquí me tienen, pequeños amigos. Conozco los antecedentes y se cómo es Madeleine.
MUÑECO UNO.
(AL ENANO).
Está hablando de nuestra propietaria.
LA LUNA.
¿Propietaria? Bueno. ¡Qué más da!
EL ENANO.
En efecto.
EL SOLDADO.
Señora, ¿Es usted una persona prudente?
EL ENANO.
Yo lo aseguro...
LA LUNA.
... Los años, mi querido soldado. Son los años los que hablan por mi boca, luego...
EL SOLDADO.
... Siendo así -con todo lo prudente que es usted- es la persona llamada a sacarnos de este encierro.
LA LUNA.
¿Persona? Y, bueno. Yo vine a hacer justicia y lograré que ella alcance a quien la merezca. No importa que para restablecerla haya que mancharse las manos.
¡.......!
EL SOLDADO.
¡Qué prudente es la señora Luna!
EL OSO.
Exigimos la presencia de Madeleine. Pido que sea usted el juez.
EL ENANO.
Pero... Creo que ninguna mujer puede ser imparcial.

LA LUNA.
¿Y quién ha dicho que yo soy mujer?
EL ENANO.
Todos lo sabemos...
EL OSO.
Madeleine dijo una vez: "La Luna se llama María..." Esa es la mejor prueba.
LA LUNA.
¡.......!
Eso no impide, sin embargo, que yo pueda hacer justicia.
EL SOLDADO.
Es verdad. Además la señora Luna es muy vieja y, por eso, merece nuestros respetos y consideración.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Cierto..!
¡En efecto..!
¡Cierto..!
LA LUNA.
Se hará lo que es de rigor en estos casos. Y si así lo determina el juzgado, Madeleine morirá...
(LA LUNA QUEDA EN EXTASIS, LUEGO ABRE LOS BRAZOS Y CLAMA).
¡Madeleine..!
¡Madeleine!: Te subyuga mi voluntad. Es preciso que vengas, Madeleine.
(LOS JUGUETES ESTAN EXTRAÑADOS, POR LAS GRADAS APARECE MADELEINE, ESTA PROFUNDAMENTE DORMIDA).
¿Es ella..?
¡.......!
(NADIE RESPONDE).
¡Tienen la palabra los acusadores!
EL OSO.
(REPONIENDOSE DE LA SORPRESA).
Yo... yo he quedado inválido por culpa de Madeleine, la cual me arrancó un brazo, digo... una pata.
EL SOLDADO.
La acuso de haberme sometido a torturas...
MUÑECO UNO.
A mí me perforó las vísceras con un tirabuzón.
MUÑECO TRES.
Cinco de las siete noches de la semana, me hace dormir con los pies pegados al cielo raso.
EL ENANO.
Cierta vez... me arrojó a las ruedas de un camión.
LA LUNA.
(A MADELEINE).
¿Qué alegas en tu defensa?
MADELEINE.
Nada.
Ellos tienen razón. Fui injusta con mis muñecos; pero prometo enmendar mi conducta.

MUÑECO TRES.
¿Qué más queremos?
¡Ha confesado! ¡Ha confesado..!
MUÑECO UNO.
¡Culpable!
MUÑECO TRES.
¡Culpable!
EL OSO.
¡A la horca!
TODOS LOS JUGUETES.
¡Culpable!
¡Culpable!
EL SOLDADO.
¡Que muera!
LA LUNA.
Son graves los cargos. Te condeno a morir.
TODOS LOS JUGUETES.
¡Hurra!
¡Que muera!
¡Que muera!
MADELEINE.
¡Clemencia!
¡Piedad!
¡Piedad para Madeleine!
TODOS LOS JUGUETES.
¡A la horca!
¡A la horca..!
EL OSO.
(ARRANCA UNA PIOLA Y LA AMARRA A UNA VIGA).
Aquí todos...
(LOS JUGUETES COGEN A MADELEINE Y SE DISPONEN A HACER CUMPLIR LA SENTENCIA).
LA LUNA.
Es de rigor en estos casos preguntar si alguien alega algo en favor del reo.
(TODOS ESTAN A LA EXPECTATIVA, MIMI SE REFUGIA EN UN ANGULO DEL SOTANO Y SOLLOZA).
¿Quién ofrece la vida a cambio de la de Madeleine?
LA ABUELA.
(APARECIENDO POR LAS GRADAS).
¡Yo!
EL OSO.
La señora del cuadro.
EL SOLDADO.
La abuelita...
LA ABUELA.
Yo ofrezco la vida para salvar la de mi nietecita.
MADELEINE.
¡Abuelita querida..!
(SE SEPARA DEL GRUPO Y CORRE A ABRAZAR A LA ANCIANA).
¡Abuelita... abuelita..!
LA ABUELA.
(ESTRECHANDOLA CONTRA SU PECHO).
¡Claro! Ofrezco los años cansados de esta pobre vieja y el otoño que se ha detenido en mis canas porque la primavera que late en el alma de esta niña, vuelva a florecer otra vez. No importa que yo muera por ella. Me salva el amor. Todo el amor de la ternura.
(LOS JUGUETES BAJAN LA CABEZA).
EL OSO.
Patético.
Pero me desagradan estas escenas. Sin embargo, nuestra ley debe ser cumplida fielmente.
MUÑECO DOS.
El peso de la justicia es inconmovible ante las lágrimas.
MUÑECO DOS.
La justicia es sorda y ciega y su conciencia es la balanza.
LA LUNA.
Yo he cumplido con mi deber.
¡Sea como está determinado!

(LA LUNA DESAPARECE POR LA CLARABOYA. LOS JUGUETES APREHENDEN A LA ABUELA Y LA LLEVAN HASTA EL LUGAR DE SACRIFICIO).
MADELEINE.
¡Perdón!
¡Perdón!
(SOLLOZANDO).
¡Perdón!
TELON RAPIDO

ACTO TERCERO.

LAS ABUELAS MUEREN MUCHAS VECES.
El mismo decorado del primer acto.
El Oso, el Soldado y Madeleine duermen plácidamente, los dos primeros sobre el sillón, aquella en la cuna.
Ha desaparecido el retrato de La Abuela, aunque en el muro sigue colgado el marco.
Amanece.

MADELEINE.
(Sollozando).
¡Perdón..!
Perdón.
¡Perdón para abuelita!
(DESPIERTA SOBRESALTADA).
¡Mamá..!
¡Mamá..! Han matado a abuelita. La han matado los juguetes!
¡Mamá!
(SE DISPONE A SALIR, YA LEVANTADA DE LA CUNA, CUANDO APARECEN SUS PADRES).
LA MADRE.
Por Dios, hijita. ¿Qué te ocurre?
EL PADRE.
¡Madeleine, preciosa mía!
MADELEINE.
(SIN DEJAR DE LLORAR).
Han matado a abuelita. Todos mis juguetes se reunieron para matarla en el sótano.
La colgaron de una viga.
EL PADRE.
(MIRANDO AL OSO Y AL SOLDADO).
¿Y dices que fueron los juguetes los que mataron a abuelita?
MADELEINE.
¡Sí! ¡Sí! (MIRANDO A SUS JUGUETES).
¡Oh..! ¡Ahí están! Fueron ellos...
¡Cuidado que se vayan a escapar!
LA MADRE.
Calma, nena, no fue más que una pesadilla. Además abuelita murió hace ya mucho tiempo, cuando tú no vinistes todavía al mundo.
MADELEINE.
Murió por mi culpa, pues, todos los juguetes me condenaron a la horca, y ella ofreció su vida para salvarme.
EL PADRE.
(RIENDO ESTREPITOSAMENTE).
Esos son los resultados de las lecturas de aquellas revistas que compra mamá.
LA MADRE.
No fue más que un sueño, querida.
MADELEINE.
¿Un sueño?
(DANDOSE VUELTA Y MIRANDO EL MARCO DEL RETRATO).
¡No fue un sueño!
Abuelita murió anoche y, por eso, ya no está en el retrato.
LA MADRE.
¡Oh..!
Es verdad... ¿Qué fue de la fotografía de mamá?
EL PADRE.
La llevé ayer a un estudio para que la retocaran un poco.
MADELEINE.
(DEJANDO DE LLORAR).
Entonces... ¿Abuelita no murió anoche?
LA MADRE.
Claro que no, encanto.
EL PADRE.
¡Anda! Ve a domir. Ya va a salir el sol.
MADELEINE.
Es extraño.
EL PADRE.
Descansa, Madeleine.
MADELEINE.
Sí, papá.
(VUELVE A LA CUNA).
LA MADRE.
Y ahora, a dormir un momento más.
EL PADRE.
Qué muchachita más loca.
MADELEINE.
¡Papá..!
EL PADRE.
Di, hijita.
MADELEINE.
¿Los juguetes tienen alma?
EL PADRE.
(SORPRENDIDO).
Pues... No lo creo.
LA MADRE.
Las cosas inanimadas no tienen alma.
MADELEINE.
¿Y pueden volver los espíritus de nuestros muertos queridos después de algún tiempo?
EL PADRE.
No hijita. Los espíritus van a Dios y no vuelven nunca.
MADELEINE.
Abuelita era hermosa, ¿verdad?
LA MADRE.
Sí, muy hermosa.
EL PADRE.
Murió hace mucho tiempo... ¡Déjame recordar..!
MADELEINE.
Hace once años...
EL PADRE.
(IMPACIENTE).
Creo que es prudente que duermas, Madeleine.
(LA BESA EN LA FRENTE).
Hasta luego, hijita, que Dios te bendiga.
MADELEINE.
Hasta luego.
LA MADRE.
Procura dormir.
MADELEINE
Sí, mamá.
(LOS PADRES SE DISPONEN A SALIR).
Mamá, entonces... ¿abuelita no murió dos veces?
LA MADRE.
(SONRIENDO CON TERNURA).
Las abuelitas mueren muchas veces con las travesuras de sus nietecitos.
MADELEINE.
¿Saben cómo se llama la luna?
EL PADRE.
(COGIENDO DEL BRAZO A LA MADRE Y HACIENDOLE UN GUIÑO).
¡No..!
MADELEINE.
La Luna se llama María.
EL PADRE.
(SIN REPONERSE DE SU SORPRESA).
¡Claro!, hijita. ¿Quién lo duda?
La Luna se llama María.
(SALEN).
TELON